

A  
l  
a  
l  
e  
t  
r

Un día en la  
**VIDA**  
 DE LA  
**DUENA**  
 del Hotel Poe

En la recepción de la Embajada de Tal en México, me tocó sentarme en la misma mesa y enfrente de un científico Premio Nobel extranjero. Vi cómo se hurgaba entre los dientes con un trozo de la tarjeta con su nombre. Ni siquiera cubría con la otra mano el espectáculo que daba. Me dio asco. Miré para otro lado.

OS BÁRBARA JACOBS

Quise hacer las paces con una editora con la que, después de años de buen trato, tuve malentendidos. Le comenté que le sentaba el nuevo color de pelo. Mientras estuvimos en buenos términos, comimos juntas varias veces en un restaurante al que yo llamo Cosa Nostra. “¿Sigues operando en Cosa Nostra?”, le pregunté. Ella sonrió, atendiendo, como yo esperaba, más a mi gesto de darnos la mano que al nombre que yo daba al lugar en el que en el pasado solíamos encontrarnos. Pero un escritor a su izquierda soltó una risa crítica dirigida a mí, y con un tono enfocado a que los otros creyeran que protegía, no que ridiculizaba, a una amiga y colega que acababa de

cometer un *faux pas*, inclinándose un poco sobre la mesa, me corrigió, “Ay, querida, no; cosa nostra es la mafia”, dijo, convencido de que yo no sabía lo que estaba diciendo, a la vez que echaba una rápida mirada a su alrededor, deseoso de cerciorarse de que los demás hubieran tomado nota de la gentileza de su gesto. Y para aprovechar que contaba con nuestra atención, redondeó sus buenos oficios con no sé qué modismo en inglés, que pronunció mal pero que todos celebramos. No sé qué me contuvo de alzar la mano y corregirlo.

Las buenas maneras pueden ser armas de dos filos.

La señora a la derecha de W. era la única desconocida para el resto de nosotros, en todo caso,

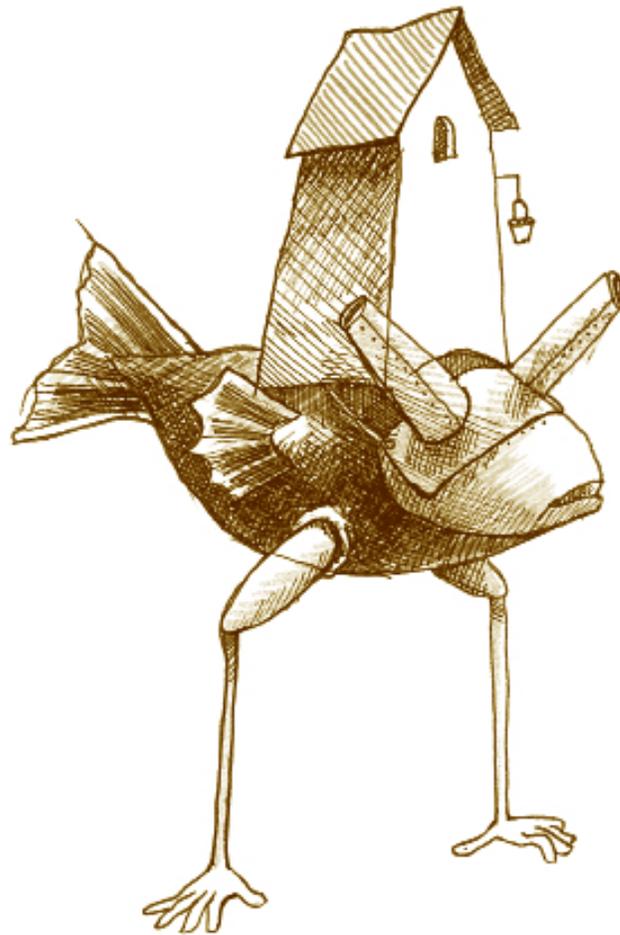


no la identificábamos entre los artistas y los intelectuales que conformamos esa mesa de diez. Se había mantenido en silencio, quizá procurando encontrar en su memoria alguna anécdota con la que estar a la altura y poder participar en la conversación, algo que nos pudiera interesar a los demás. Se presentó como Adela D., encargada de negocios de otra embajada, y nos contó que había leído, no recordaba bien dónde, que “cuando James Joyce —dijo el nombre completo— daba clases de inglés en Italia —no precisó que en Trieste—, una alumna, que era una burguesa —pronunció con tono indeciso, mirando a izquierda y derecha, tanteando si dar a la

designación un tono de orgullo o de desprecio—, lo había despedido, porque consideraba de muy mala educación que, al terminar la clase, él bajara la escalera deslizándose por el pasamanos”, logro de intervención que, condescendientes, le festejamos ampliamente.

Me di cuenta de que el único que ni proponía ni comentaba ningún tema era el científico Premio Nobel, absorto enteramente en su higiene bucal. Por el contrario, el escritor a la izquierda de la editora tomaba la palabra sin pausa, lo que, aparte de entretenernos, a los otros nos permitía comer o divagar, cada uno en sus propios asuntos, o comentando la plática general con quien tuviera al lado. Y así habría llegado la hora de despedirnos de no haber sido porque, no recuerdo quién ni en relación con qué, mencionó a Pierre Loti. “¿Pierre Loti?”, repitió la encargada de negocios, que para entonces se sentía lo suficientemente integrada al grupo para admitir sin rubor que ignoraba quién era Pierre Loti. “Un escritor francés”, le contestamos varios, mientras alguno lo situó a finales del siglo XIX y otro lo calificó también de marino y miembro de la Academia Francesa.

A mí me sonaba el nombre, pero no recordaba el título de ninguno de sus libros, ni tampoco ningún detalle de su vida que para mí lo hiciera memorable. En silencio lamentaba mi mala memoria, cuando el escritor que pronunciaba mal el inglés pero que conocía mejor que yo el significado de *cosa nostra* nos informó que Loti se había batido en duelo con Proust. Mientras ante el asombro de los oyentes él se



lucía al abundar sobre el asunto, yo trataba de recordar el duelo en el que se había visto envuelto Proust, dato que me impresionó desde que lo conocí por primera vez y que, en adelante, gocé al reencontrarlo en biografías, anecdotarios y memorias aquí y allá. Pero en el momento en que habría podido enriquecer la charla de mi mesa al aportar algo especial acerca del duelo de Proust, en la cabeza no tenía más que bruma. Sabía muy bien que Proust se había batido en duelo, pero no con quién ni por qué.

Cuando la reunión empezaba a darse por terminada, y todos por fin nos mezclábamos con los de las otras mesas y nos despedíamos, a la vez que W. saludaba a Manuel, el único otro escultor entre los invitados, yo me crucé con Sandra T., esposa en segundas nupcias del economista Tomás O., italiano, también divorciado y vuelto a casar. Sandra es de las señoras más guapas y seguras de sí mismas que conozco. Me lleva casi veinte años y camina con más determinación que yo. Siempre se ve luminosa. Una vez me confió el secreto: “Ponte frente al espejo y acércate a la cara una pieza de la ropa que creas que debes o quieres ponerte, y si ves que el color te enciende, elígela para vestirte. Si no, haz la prueba con otra de otro color”. Sin alteración visible, se quejó del departamento de protocolo de la embajada. “En la tarjeta en mi lugar en la mesa, en vez de mi nombre pusieron el de la ex esposa de Tomás.” “¿Y qué hiciste?”, le pregunté, deseosa de saber cómo había enfrentado *ella* algo que, cuando en el pasado llegó a sucederme a mí, me alteró tanto

que no supe encararlo, aunque, cuando ha llegado a sucederme en el presente, y sigo sin saber qué hacer, ahora sólo me haga sonreír. “Hice trizas la tarjeta y me senté en *mi* lugar.” La felicité. Me pareció toda una toma de posesión.

En lo que Sandra y yo sosteníamos este diálogo impresionista, se acercó Tomás y, sin percibir o indiferente a que nos interrumpía, le habló a su esposa al oído. El gesto fue tan abrupto que era obvio que el contenido que lo causaba implicaba reserva y urgencia. La confidencia del matrimonio tardó más de lo que habría sido normal, sobre todo al haberse tenido que dar en las circunstancias en que se daba. Cuando concluyó, pensé que Tomás se disculparía conmigo y que, una vez que nos dejara solas, como nos encontró al interrumpirnos, Sandra me confiaría la información. Pero mis dos suposiciones exculporias, digamos, fallaron. Ni Tomás se disculpó, ni Sandra me explicó de qué se había tratado su doble falta de tacto conmigo.

Al regresar a casa (que a veces es aquí, en el hotel), me cambié los zapatos de calle bajos por un par de zapatillas, también bajas. Haberme visto con tanta gente me dejó intranquila. Con un puñado de pistaches, que fui abriendo sobre un platito y que fui masticando, apoyada con los codos sobre el barandal, estuve un buen rato en la terraza, apenas cuatro pisos arriba del nivel de la calle, mi punto de vigía, donde me vuelvo pájaro que canta Si tuviera alas...

Como W. estaría en el taller hasta que oscureciera, mientras lo esperaba me puse a buscar los datos del duelo de Proust tanto en la biografía de

Painter como en la de Ghislain de Diesbach, en la que me fue más fácil encontrarlos. Calculé que me daba tiempo antes de preparar la cena (a veces no la pido al chef, a veces me da por cocinar y me preparo).

Como recordaba, Proust se batió en duelo, pero no con Pierre Loti; para nada con Pierre Loti, sino que fue con Jean Lorrain. Y con pistola, no con espada. Se debió a que Lorrain, crítico, había insultado a Proust por escrito. Y Proust había determinado defender su honor. Ninguno de los dos había albergado la intención de eliminar del todo al otro, así que dispararon una sola vez y a una distancia de veinticinco pasos el uno del otro, ante sus padrinos y algunos amigos, en la torre de Villebon, en el bosque de Meudon, junto a una casa del siglo XVIII que en otros tiempos perteneció a la familia de Víctor Hugo. El duelo tuvo lugar a mediodía, aun cuando la tradición fuera llevar a cabo estos asuntos al despuntar el alba, para despistar a la policía. Proust leía y admiraba a Loti, que era veinte años mayor que él y que murió un año después que Proust. Proust le envió su primer libro, *Les plaisirs et les jours*, al que sin embargo Loti no llegó ni siquiera a cortarle las páginas. Se trataba de la misma obra que Lorrain despreció, y cuya crítica ocasionó que Proust lo retara a duelo. Pierre Loti fue el seudónimo que usó Julien Viaud; *loti* en tahitiano significa *rosa* en español.